# mundo gráfico

AÑO XXVIII
**Número 1.375**

Hermosillo, 73
Apartado 571
**MADRID**

Miércoles,
9 de Marzo
de 1938

40 CTS

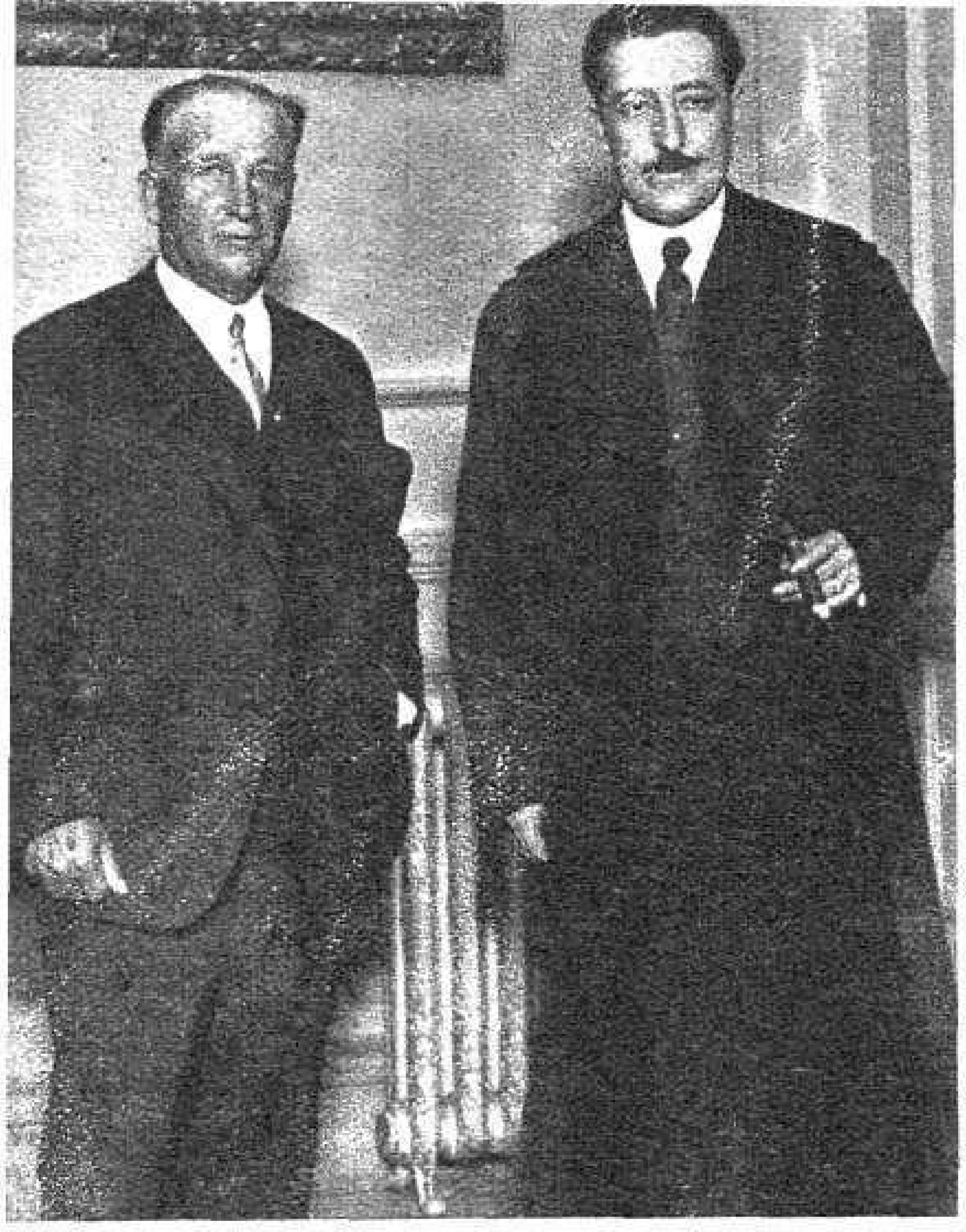
## Eden y Chamberlain, hombres del día

La atención del mundo viene girando en estos días en torno a la disconformidad entre Eden y Chamberlain sobre puntos fundamentales de la política europea. He aquí una curiosa instantánea de los dos políticos ingleses: Chamberlain, a la salida de un edificio oficial, ayuda a poner el abrigo al dimitido ministro de Negocios Extranjeros. Que lo cortés no quita lo valiente...

# HACE SIETE AÑOS

## *Cuando en el Palacio de Justicia comenzó la Revolución española*

## Aquel proceso contra los firmantes del manifiesto republicano



Largo Caballero con su defensor, Sánchez Román

FUÉ en Marzo de 1931. Se reunía el Consejo de Guerra que habría de juzgar a los firmantes del manifiesto contra la Monarquía, en el último mes de Diciembre.

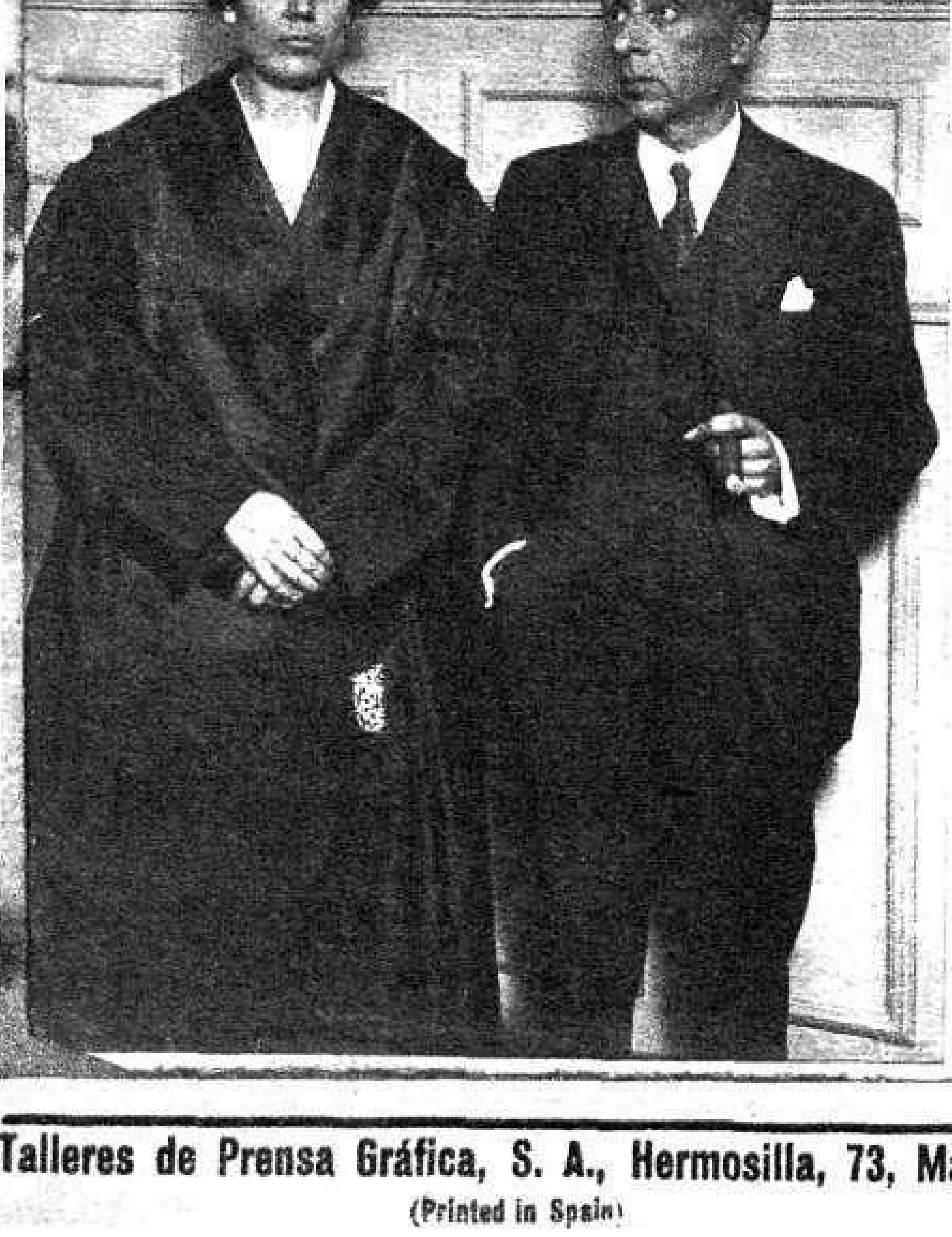
Bajo la presidencia del general Burguete, constituían el Consejo de Guerra los generales Artíñano, Giménez Menso, Bermúdez de Castro, Gardoqui, Ruiz Trillo; el almirante Enríquez, los vicealmirantes Sanchiz y Nuño; García Parreño, juez instructor y ponente del Consejo; los auditores generales José Fernández de Castro, Luis Higuera y García Otermín; el fiscal Valeriano Villanueva; el secretario relator Ramón Piñal, auxiliado por Ramón Vicente García Cerviño y Fernando Alarcón. Como defensores actuaban Ossorio y Gallardo, Sánchez Román, Victoria Kent, Bergamín y Jiménez Asúa.

El fiscal pedía para uno de los procesados la pena inmediata inferior a la de muerte. Para los demás, la inferior a la de reclusión perpetua.

### Algunas frases de las defensas

«Para condenar a estos hombres—decía en su defensa Ossorio y Gallardo—

Alvaro de Albornoz con su defensora, Victoria Kent



hay que reputar legítimo el Poder que en España existe desde el 13 de Septiembre de 1923, y tengo la esperanza de que a esto se resistirá la conciencia de los señores consejeros. La ley señala un castigo para quien actúe contra la Monarquía constitucional. Pero ya no hay Monarquía constitucional en España. Y quienes delinquieron fueron los que hicieron de la Monarquía española una Monarquía sin Constitución».

Victoria Kent decía, con un acento cálido y convincente, que parecía levantar ímpetus de asentimiento en los consejeros:

«No se puede traer aquí, para acusar, el artículo 181 del Código, porque ese artículo ampara la forma de Gobierno establecida por la Constitución; y como no hay más forma de Gobierno establecida por la Constitución que la Monarquía constitucional, sólo a ésta protege el Código. No protege a la Monarquía absoluta. Más aún: no podemos olvidar que la Monarquía absoluta es un delito que debe sancionarse».

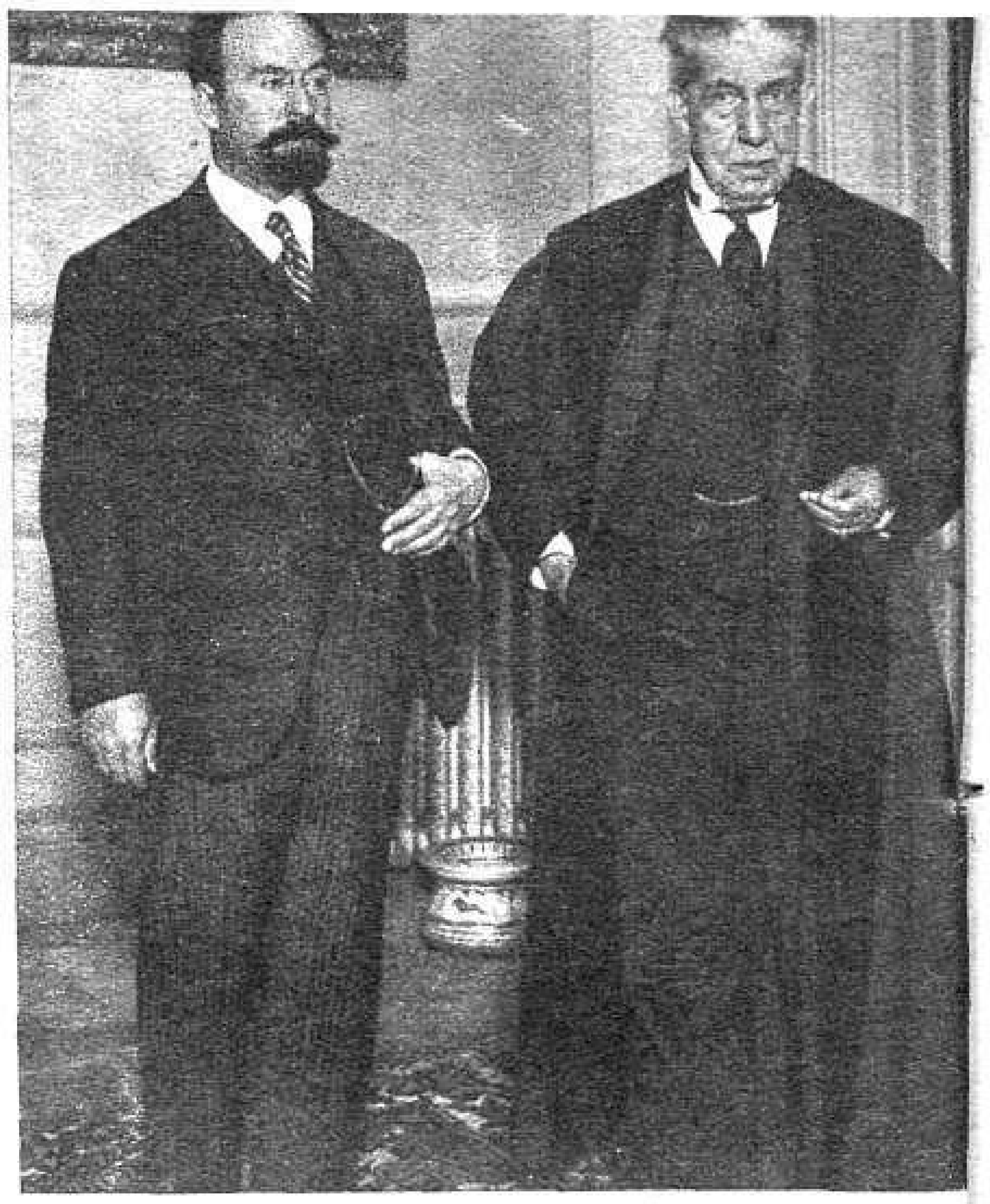
Y Jiménez Asúa: «Los que se alzan frente al Gobierno de Diciembre no desacatan la Constitución, porque ésta sólo defiende a los Gobiernos constitucionales, y este Gobierno no es constitucional».

Y Bergamín: «Podríais condenar a nuestros defendidos si se hubieran alzado contra un Gobierno legítimo. Deberíais condenarlos entonces. Pero el Gobierno al que se trataba de sustituir no era un Gobierno legítimo. Era monárquico; pero no monárquico constitucional».

Y Sánchez Román: «La Monarquía contra la que se eleva el manifiesto dirigido al país por los procesados ha perdido su esencia jurídica, y ha perdido, al mismo tiempo, el derecho a la protección de la Ley al colocarse fuera de la Ley».

### El proceso, en la calle

Mientras tanto, la calle espera ansiosamente el resultado del proceso. España, sin diferencias de concepto político ni de clase social, siente que es el reconocimiento o la negación de sus derechos de ciudadanía lo que se está dilucidando en la sala del Consejo de Guerra. Millares de personas aguardan la salida de los procesados por los alrededores del Palacio de Justicia, impacientes por conocer la sentencia y deseosas de rendirles, al paso, un saludo de cortesía que fuera, al mismo tiempo, la expresión de su homenaje y de su adhesión.



Fernando de los Ríos con su defensor, Bergamín

Hasta que se supo que el Consejo había condenado a la pena de seis meses y un día de prisión. Aplicándoles los beneficios de la condena provisional, los presos políticos saldrían de la Cárcel seguidamente.

Lo que no se supo entonces era que allí había quedado cancelado con la Monarquía todo un sistema político y social. No lo supieron, acaso, ni los mismos que encarnaban el sistema social y político que comenzaba entonces. Y que vemos ahora contorneándose, macizo, sobre la superficie de la España republicana, siete años después.

JOSE DE LA RIVA

Casares Quiroga con su defensor, Jiménez Asúa

Talleres de Prensa Gráfica, S. A., Hermosilla, 73, Madrid
(Printed in Spain)

# HEROÍSMO CÍVICO

## CONDECORACIÓN TAMBIÉN PARA EL TRABAJO

La última alocución dirigida al pueblo por el presidente del Consejo de Ministros, doctor Negrín, señala en qué frente exige ahora la guerra a los españoles libres preparar, y ganar, la más ruda batalla: en los frentes de producción. Es decir, en los lugares de trabajo.

Se pide al trabajo el mismo tesón entusiasta, la misma capacidad de sacrificio, idéntico esfuerzo heroico que se pidió, y se obtuvo, antes, de las Milicias, y ahora, al Ejército regular.

No ha habido tacañerías ni regateos en las líneas de combate. En las circunstancias más graves, millares de hombres han ido a luchar y a morir. Esto es, a cumplir su deber hasta el más dramático límite de lo humano. La guerra no consiente otra conducta, ni permite vacilaciones ni flaquezas.

Es esto mismo lo que se exige a la retaguardia trabajadora. Que cada cual en su puesto iguale, y aun supere, la potencialidad heroica, la conducta desinteresada, el entusiasmo generoso que nuestros soldados tienen en las líneas de fuego. Estos dan su sangre y sus vidas sin regatear excusas ni discutir pretextos. En parangón, se exige a los trabajadores que pongan sus energías en rendimiento máximo, sin cuenta de horas ni balance de salarios, con ese fervor entusiasta—amor a la obra, consciencia de su utilidad—mediante el cual el trabajo pierde su condición ancestral de castigo humano y se convierte en estímulo y alegría creadora.

Sin creer que sean indispensables los estímulos cuando el deber y hasta el instinto de conservación obligan, no sería superfluo que, por añadidura, al equipararse en el esfuerzo y en la abnegación vanguardia y retaguardia, soldados y trabajadores, éstos tuvieran también, como aquéllos, una compensación honorífica, en jerarquía y en beneficio material, como premio al heroísmo cívico, tan necesario y fecundo como el castrense.

En Rusia existe una especie de Orden, que pudiera decirse constituye una aristocracia del trabajo. Son «los obreros de choque», título de honor proletario, que en las fábricas, en los talleres, en los campos, se otorga al trabajador que más esfuerzo, más rendimiento, mayor competencia, más «desinterés», en suma, pone en su tarea.

Sería justo, pues, y de una oportunidad eficaz, crear esa Orden civil del Trabajo, con sus grados y condecoraciones. Recompensa que, como el galardón que se impone a las banderas castrenses, tendría un carácter colectivo para premiar la labor conjunta de la fábrica, el taller, la comunidad campesina, que por su disciplina, su entusiasmo, su organización, superará en grado señero el coeficiente de producción. Y también, con carácter individual, para premiar al héroe cívico, al obrero que en su taller, en su fábrica, en su tajo, fuera ejemplo de tesón fervoroso, de maestría artesana. Como en la guerra al que se bate con más valor, debe existir en el orden civil el premio para el que produzca más y mejor, y como el militar en su guerrera o su tabardo, el trabajador tendrá derecho a lucir en su blusa o en su *mono* el distintivo heroicamente ganado, noble privilegio, señal de la más justa jerarquía—de la única admisible—y motivo de respeto y consideración colectiva.

Aunque «tripas llevan piernas», según el decir de Sancho, no sólo de pan vive el hombre, y hasta los más íntimos ideales, afines humanos, sabido es que necesitan, para manifestarse, de los símbolos externos. El trabajador en la retaguardia realiza una obra que, por ser gemela en importancia, debe ser también idéntica en el esfuerzo y en el sacrificio a la del militar en campaña.

Igualémosles también en el reconocimiento y en la recompensa. Y se habrá ganado mucho cuando al paso de una blusa condecorada por el Trabajo saludemos con el mismo admirativo respeto que al desfile de una bandera laureada.

JUAN FERRAGUT

↑ En la residencia particular de don César R. Tolentino, ministro de la República Dominicana en Madrid, se celebró, hace unos días, una grata fiesta, con motivo de cumplirse el XCIV Aniversario de la Independencia de aquel pueblo. El ilustre diplomático reunió en torno suyo a las autoridades madrileñas y a un selecto grupo de escritores y artistas. He aquí al señor Tolentino con las señoras y señoritas que asistieron al «cock-tail»

(Fots. Videa y Santos Yubero)

El S. R. I. organizó recientemente un reparto de víveres y cigarrillos a los heridos de los hospitales de guerro. Muchachas de los distintos grupos organizados hicieron el reporto entre los combatientes hospitalizados en Madrid. He aquí algunas de las muchachas del S. R. I. que colaboraron en esa tarea ↓

**La boda de dos periodistas** Pepe y Luis Sánchez Portela, hijos del gran reportero gráfico «Alfonso», excelentes reporteros ellos mismos también, se han casado, hace unos días, con las señoritas Conchita Tovar —hija ésta del gran dibujante desaparecido— e Isabel Portela. Un nutrido grupo de periodistas y artistas asistió al acto de la boda, en el que «Alfonso» y sus hijos vieron reiterados, una vez más, las fervorosas simpatías con que cuentan en todos los medios de Madrid. He aquí a los contrayentes, en el Juzgado Municipal, con los testigos, después del acto

(Fots. Videa)

---

# HISTORIAS DE NUESTRA GUERRA

## XXIII

## *¿Cómo se llamaba?*

Traes algo, abuelo?

El viejo hizo un gesto triste de desaliento:

—Nada—respondió—. En el Sindicato me han dicho que no tienen armas. A lo mejor, sí las hay; pero, ¡yo lo comprendo!: uno ya está muy acabado, y parece que no vale para nada. Preferirán dárselas a los jóvenes.

—Bueno; eso no importa. Vamos para allá abajo.

—Pero, muchacha, ¿qué vamos a hacer nosotros? Allí lo que se necesita es gente que pegue tiros. ¿No oyes el zafarrancho que hay?

—Pues vamos, abuelo. Yo quiero ver qué pasa. Y, además, no vamos tan limpios. Mira.

La muchacha enseñó al viejo un revólver: un veterano Smith de reglamento.

—Es el del tío—explicó—. Como él está impedido en la cama, no le sirve para nada. Estuve en su casa mientras tú en el Sindicato; lo vi en un cajón de la cómoda, y se lo he requisado.

Así hablaban, en la mañana histórica del 7 de Noviembre, en los aledaños de la Puerta de Toledo, frente a los viejos Mataderos, un menestral ya anciano y una muchacha como de veinte años, chica de fábrica, oficiala de taller, henchida de garbo juvenil.

Y para «allá abajo», y «a ver qué pasa», echaron a andar. En la desembocadura del Puente, el azar los separó. Eran las horas dramáticas del éxodo hacia Madrid. La carretera venía pletórica de fugitivos: de Getafe, de los Carabancheles, una multitud inerme, acosada por el monstruo de la guerra, buscaba el amparo de la gran ciudad. Era una caravana interminable y confusa. Personas y bestias de labor y de tiro, vehículos de todas clases, se entremezclaban, confundiéndose al ganar el puente. En el horizonte había un trágico bordoneo de explosiones continuas; repiqueteaban cercanas las ametralladoras, y entre las nubes distantes, cabelleras de incendios, madejones de humos negros decoraban siniestramente el paisaje. De vez en cuando, un zumbido de motores atronaba el espacio, y los pájaros negros de la muerte pasaban altos, castañeteando el aire de disparos. La multitud tenía oleadas acuciosas e iba dejando por la carretera hitos sangrientos, y también una estela de gritos de horror, de llantos y de maldiciones.

Carretera arriba, ya sola, entre un tropel de hombres que con gesto patético acudían al peligro, iba la muchacha. Las casucas del arrabal empezaban a convertirse en fortalezas. Terrados y ventanas se erizaban de fusiles. Banderas proletarias coronaban los balcones, como en un reto último a la muerte. Mujeres y *chavales* ayudaban en las encrucijadas, entre corralizas y tapiadas, a levantar ingenuas barricadas, rudimentarias trincheras. Se arrancaban adoquines, se aspilleraban con colchones las ventanas. Del río, una banda de *chavales* aportaba cestos y sacas repletas de arena.

El éxodo continuaba. Mujeres y ancianos, aspeados por la caminata, enfilaban ansiosamente el puente. Los jóvenes se quedaban en los improvisados parapetos, donde los que tenían armas montaban la guardia. Cada vez tronaba más cerca el cañón. El invasor avanzaba. Ante sus máquinas de guerra retrocedían los milicianos, apenas provistos de fusiles, casi sin municiones. En todos los rostros había un gesto patético de desesperación. En un bar de la carretera clamaba, ronco, un altavoz. La Radio hacía sus dramáticos llamamientos a defender Madrid.

Iban llegando, en camiones, en coches repletos, a pie, grupos concentrados en la leva espontánea, hombres de los talleres y las fábricas, dependientes, menestrales, artesanos, sin atuendo alguno militar. Traían la blusa del trabajo, el traje de calle... Y en las manos, pistolas, viejos mosquetones.

El que llevaba un fusil nuevo sentía sobre sí miradas de envidia.

En la carretera había un cinematógrafo. La marea humana, que tenía su flujo en el alud triste que afluía a Madrid, su reflujo en el respaldo en los hombres con armas que de la ciudad venían, llevó a la muchacha hasta las puertas del cine.

Allí, con prisa febril, se construía un parapeto. Desde las terrazas y ventanales ya se distinguía al enemigo. Los fugitivos, mujeres y niños, eran ya más escasos. Se filtraban entre los parapetos y traían en sus pupilas reflejos de espanto, resplandores de fuegos inmediatos, destellos de infinita pesadumbre.

La muchacha apiló adoquines, amontonó sacos, sacó de las casas que tenían caries de metralla muebles y enseres para nutrir las barricadas.

Y era mediada la tarde, triste y fría. Unos fugitivos llegaban, jadeando, al parapeto:

—¡Los tanques, los tanques!—gritaban.

Hubo un momento de vacilación. Las máquinas poderosas desconcertaban aun a los milicianos, que sabían impotentes contra ellas sus pistolas y sus fusiles. Por la carretera recta, desierta en un gran trecho, se veían avanzar las negras, gigantescas orugas, erizadas de disparos.

Se arracimaban los hombres, indecisos, tras el frágil parapeto. Desde las ventanas del cine, un puñado de bravos disparaban sin cesar.

Entonces, en el fragor del combate, vibró como un clarín de ataque, una voz juvenil:

—No los esperemos, camaradas. ¡Salgamos a por ellos! ¡A por ellos!

Era la muchacha. Agil como un gamo, trepó a lo alto de la barricada. Agitaba un rojo pañuelo en la mano izquierda, y con la derecha empuñaba el revólver.

—¡A por ellos, a por ellos!—volvió a gritar.

Y dando el ejemplo, saltó a la carretera, blandiendo su revólver como una espada vengadora.

Como electrizados, salieron tras de ella un puñado de hombres, y avanzaron varios metros cara a la muerte, viva muralla, vibrante de magnífica locura suicida. Ráfagas de plomo barrieron el camino. La primera en caer, en quedar cara al Cielo, abiertos los brazos, como crucificada en el camino, fué la muchacha.

¿Cómo se llamaba? ¿Quién era? No se supo entonces. No se sabrá jamás.

J. F.

# Mademoiselle DOCTOR

*La vida y las aventuras de una espía extraordinaria*

## XI

# La muchacha detenida en la frontera

Ahora sólo ha de ocuparse de una cosa: de hacer llegar a Alemania aquel informe urgentemente. Para ello acudirá a todo, y se expondrá a todos los riesgos y se valdrá de todas las astucias. Al siguiente día consigue una plaza en el expreso de Bruselas a Lieja. En ese mismo tren ve a muchos oficiales del Estado Mayor, que se trasladan a la fortaleza belga, en cumplimiento de las órdenes que ella conoce ya.

## La inquietud de Matthesius

Berlín. Verano de 1914. La guerra inminente, inevitable ya. Matthesius—febriles los ojos en el rostro pálido, afilado—lleva muchos días sin apenas salir de su despacho. Trabaja día y noche incansablemente. Sobre su mesa se amontonan los despachos cifrados llegados de todo el mundo. Suenan constantemente dos aparatos telefónicos. Ordenanzas, uniformados, entran y salen a cada momento. Matthesius se multiplica para atender a todo este vértigo de trabajo que la guerra desencadena sobre él.

A lo largo de su tarea hay en este hombre, enjuto y nervioso, un pensamiento continuo, una idea inquietante, que llega a convertirse en obsesión: ¿dónde estará Ana María Lesser? ¿Cuál habrá podido ser en estos dias su suerte?

Supo, por un telegrama cifrado que recibió desde Milán, que *Mademoiselle Doctor* habia salido para Francia, pasando por Ventimiglia. Las horas eran de un gran peligro. ¿Habrán detenido y fusilado los franceses a Ana María? ¿O acaso esta mujer extraordinaria está ya camino de Berlín, con noticias de gran valor, conseguidas, como otras veces, merced a su astucia, a su inteligencia y a su decisión excepcionales?

Le inquieta a Matthesius la suerte de la muchacha. Pero a ese sentimiento se une otro de confianza en ella. *Mademoiselle Doctor* no se dejará coger fácilmente.

Aquella inquietud se hace más viva porque están interrumpidas las comunicaciones con París y Bruselas, y el estallido inminente e incontenible hace imposible la recepción de ninguna comunicación telegráfica directa de los agentes de Matthesius en Francia y Bélgica. ¿Dónde estará Ana María Lesser?

## Noche en la frontera

Es la noche del 3 de Agosto. Las tropas alemanas, escalonadas a lo largo de la frontera con Bélgica, vigilan atentamente el campo bajo la quietud nocturna. Desde uno de los puestos de observación se ve una sombra que se mueve y se acerca. Los centinelas dan el alto. Alza los brazos la sombra. Es una mujer, una campesina.

Varios soldados se le acercan para interrogarla sobre los motivos que la llevan por allí a aquellas horas. La mujer lleva un traje humilde, pañuelo a la cabeza y medias muy bastas. Pero en contraste con todo esto, sus zapatos son finos, pequeños, como de una muchacha de ciudad.

¿Cómo ha llegado aquella mujer hasta allí? ¿Qué busca en esta zona fronteriza? Casi antes de que empiecen a interrogarla pide ella misma con urgencia que la lleven ante el oficial encargado de aquel puesto de vigilancia.

Es ya hora avanzada de la noche, y hay que ir a despertar al teniente del puesto. El oficial, apenas ve a la muchacha, piensa que es, efectivamente, una espía. Manda a llamar a una matrona para que registre a la detenida. Esta protesta; pide que no la confundan. Y en vista de que no consigue nada, solicita hablar inmediatamente con un oficial del Estado Mayor.

Todo es inútil. Esas protestas—piensa el oficial del puesto—sólo son añagazas para esquivar el castigo que una espía tiene siempre. Y aquella mujer es, sin duda, una espía del campo francés.

A pesar de sus palabras vehementes, la muchacha es registrada. Y se le encuentran un pasaporte belga y unas cuantas cuartillas escritas.

## Un telegrama a Berlín

Ella continúa protestando. El oficial, con un gesto irónico le muestra las cuartillas y el pasaporte, como prueba del delito.

—Contra esto—dice a la muchacha—no puede usted nada.

La indignación de la mujer se desborda.

—¡Es usted un estúpido! ¡Soy una espía, naturalmente! ¡Pero una espía al servicio de Alemania! ¿Comprende usted?

El teniente continúa sin creerla.

—Y si no quiere usted—sigue ella—llevarme inmediatamente a presencia de un oficial del Estado Mayor, telegrafíe, por lo menos, a Berlín, al Gran Estado Mayor Central. Y diga que han detenido al agente «1 y 4 G. y W».

El teniente se decide a esclarecer la personalidad de aquella mujer. La deja bajo la vigilancia de la matrona y de dos centinelas, con la orden de que observen atentamente todos los movimientos de la detenida.

El teniente despierta al capitán de la fuerza, y cambia unas palabras con él. Inmediatamente envian un telegrama urgente a Berlín.

## «Mademoiselle Doctor»

Al cabo de una hora, el hondo silencio de la noche de Agosto es roto por el ruido de un motor. Un coche se detiene ante la casa campesina en que está el Mando de estas fuerzas fronterizas. Un capitán de Estado Mayor desciende del vehículo. Llama ante él al teniente que ha detenido a aquella mujer, y le amonesta severamente. Después habla con la muchacha, a la que trata con una exquisita cortesía, mezcla, a la vez, de respeto y de admiración.

En el acto son enviadas por teléfono a Berlín, minuciosamente, palabra por palabra, las noticias interesantísimas que Ana María Lesser ha conseguido. Al otro lado del hilo telefónico, Matthesius va recogiendo con todo cuidado el sensacional informe.

Cuando ha colgado el auricular, Matthesius empieza a trabajar sobre las notas recibidas. Una claridad azulenca penetra por los ventanales del despacho. Sobre el rostro pálido, anguloso, los ojos de Matthesius tienen una luz de fiebre.

El hombre escribe y escribe, consulta notas y mapas. Habla varias veces por teléfono. El informe de *Mademoiselle Doctor* sale convertido de aquel despacho en una serie de comunicaciones urgentes. Cuando Matthesius ha acabado su tarea es ya el nuevo día sobre Berlín. Fatigado, emocionado, aquel hombre se tiende sobre un diván, rendido y excitado, al mismo tiempo, por una noche que ha traído consigo las noticias más extraordinarias que cabía imaginar.

---

***En el próximo número:***

**XII.-Un cadáver, un espía y un noviazgo**

*Anécdotas de la guerra, contadas por los soldados*

## La loma

Por la noche todo se prepara. La moral es excelente. Estamos tendidos entre unos matorrales, esperando la orden de ataque para salir a arrebatar a los fascistas una loma, considerada por el Mando como excelente posición estratégica.

A la primera voz de atacar salimos dispuestos a desalojar de la loma a requetés y falangistas. Empiezan a oírse las tremendas explosiones de las bombas de mano, y una verdadera lluvia de fuego nos envuelve.

Está empezando a amanecer cuando coronamos nuestro objetivo. Se montan las centinelas, porque el contraataque no se hará esperar. Los obuses y morterazos que nos tira el enemigo no quiebran nuestra moral. Por momentos se intensifica el bombardeo. Pero es preciso aguantarlo por más que los cañones fascistas hayan empezado a batir nuestros parapetos.

En este instante se oye un ruido de motores. ¿Qué será? ¿Tanques? ¿Aviación? Son los pájaros negros. A la voz de mando, tomamos las precauciones necesarias. Pegados a la tierra, resistimos el bombardeo. El campo retiembla por los efectos de las explosiones. Los aparatos vuelan sobre nuestra posición y arrojan su carga.

Deben creernos ya dispersados, quebrantados, porque acto seguido la Infantería enemiga se lanza al ataque pensando sorprendernos. Pero rápidamente, saliendo de nuestros refugios, les hacemos frente. Funcionan a placer fusiles y ametralladoras. El combate es duro y encarnizado, y se llega a combatir a muy pocos metros con bombas de mano.

Al fin, dejando el campo neutro lleno de cadáveres, el enemigo, fracasado en su ataque, se retira. Nosotros, entonces, cantamos himnos proletarios y damos estruendosos vivas.

Un compañero, a mi lado, grita entusiasmado:

—¡La loma es nuestra!

Y en este instante una bala perdida, traidora, atraviesa su cuerpo.

Pero la loma es nuestra. Vanamente intentó el enemigo despojarnos de ella durante aquel día. Quedó definitivamente en nuestro poder. La afirmación del compañero caído, «¡la loma es nuestra!», era un firme compromiso moral para todos. No podíamos abandonar aquella tierra que él y otros heroicos soldados anónimos habían regado con su sangre por la causa de la libertad.—M. C. A. *De la Caballería de la 144 Brigada*».

## Tos oportuna

«Estaban unos compañeros de Fortificaciones trabajando en primera línea, rectificando una trinchera. En el silencio de la noche sólo se oía, atenuado, el ruido de sus palas, que lanzaban a un lado de la zanja la tierra, que es la mejor defensa para las balas.

Teníamos enfrente, entre nuestra línea y la del enemigo, en lo que se llama «campo de nadie», una fila de matorrales, si no muy espesos, sí lo bastante para que en la obscuridad pudiera constituir un peligro.

Unos metros más delante de donde los camaradas de fortificación trabajaban, estábamos haciendo servicio de escuchas otro camarada y yo.

Pegados a la tierra, confundiéndonos con lo hondo de un surco que nos cubría lo bastante, vigilábamos los matojos cercanos. Hacía una noche nubosa, y sólo muy de tarde en tarde, por algunos claros que se extinguían rápidamente, pasaba la claridad de la luna. Una de estas veces me pareció ver entre la masa de los matorrales, a muy pocos metros de nosotros, relucir un fusil.

Le comuniqué mi observación al compañero en voz muy baja. Efectivamente, en línea recta a nuestro puesto de observación debía haber un centinela enemigo, seguramente un «paco», que estaría acechando el menor movimiento en nuestra trinchera para disparar sobre seguro.

Vimos otra vez, a favor de la luna, por entre unas ramas, relucir el cañón de un fusil que estaba inmóvil, como acechando.

Entonces mi compañero, muy decidido, me dijo:

—Yo voy a avanzar sin ruido por la izquierda, hacia el matorral ése, y sorprendo por la espalda al espía. Tú no te muevas.

Se separó de mí, y fué arrastrándose por entre el monte bajo, evitando rozar las ramas para que no crujieran, con tal sigilo, que ni yo percibía el menor ruido. Como favoreciéndonos, la luna se había ocultado tras un gran nubarrón negro.

Pasó tiempo. No sé cuánto, porque en estas ocasiones los minutos se hacen interminables. No se oía nada. Yo estaba inquieto y pesaroso de haber dejado ir a mi compañero, pensando tardíamente que podía caer en una emboscada. Me arrepentía de no haber dado la señal de alarma. El tiempo transcurría con una lentitud angustiosa.

Y de repente, al sentir un fuerte picor en la garganta, obsesionado por la suerte del compañero, y sin pensar en el riesgo que corría, no me dió tiempo a contenerme, y tuve un golpe de tos seca, bronca, que repercutió en el silencio de la noche. En seguida sonó un tiro. Una bala pasó silbando sobre mi cabeza. Inmediatamente sonó otro disparo y un grito.

¿Qué había pasado? Cuando mayor era mi angustia, vi llegar, jadeando, a mi compañero. Traía su fusil y otro más: el del enemigo. Se tumbó a mi lado y me dijo:

[redacted]. Si no llega él a disparar tan oportunamente, me encajo encima suya sin darme cuenta. Con la obscuridad avancé más de la cuenta, y cuando a él se le ocurrió tirar, estaba yo a tres metros. Gracias a su imprudencia [redacted]

La tos, que yo creí una imprudencia y fué tan oportuna, salvó a mi compañero y nos libró de un enemigo.—Hilario Castuera».

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15 — CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

TAQUIGRAFIA, por Martín Eztala. Redactada forma que hace innecesario profesor. Sexta edición, 0,50. Provincias, 7 pesetas. Librería Moya. Carretas, 37. Madrid.

PARA anunciar en esta sección diríjase a «Publicitas». Avenida de Pi y Margall, núm. 9, entresuelo.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

LEA USTED CRONICA 40 céntimos

TELÉFONOS DE PRENSA GRAFICA (S. A.) 57885 Y 57884

APOPLEJIA -PARALISIS-

Angina de pecho, Vejez prematura y demás enfermedades originadas por la Arterioesclerosis e Hipertensión

Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: *dolores de cabeza, rampa o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormigueos, vahidos (desmayos), modorra, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad*, etc., desaparecen con rapidez usando **Ruol**. Es recomendado por eminencias médicas de varios países: *suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina;* no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA: Madrid, F. Gayoso, Arenal, 2. Barcelona, Segala, Rbla Flores, 14, y principales farmacias de España, Portugal y América.

# espectáculos

## CAPITOL

Una revelación
Un éxito
Un acontecimiento

**El bailarín pirata**

con Charles Collins, Steffi Duna y Franck Morgan

**El éxito del año todos los días**

Un film Radio..., naturalmente

## CALATRAVAS

Segunda semana triunfal de

***Joaquín Murrieta***

Formidable creación de

**Warner Baxter**

## GONG

Grandioso éxito de la formidable película

**Rose-Marie**

Creación de JEANNETTE MAC DONALD

## *Madrid-París*

Sigue triunfal en 2.ª semana

***Marinela***

Creación del famoso tenor Tino Rossi

Un film musical de maravilla

## PARDIÑAS

PROXIMAMENTE, SENSACIONAL ACONTECIMIENTO. ESTRENO

**EL MESON DEL PATO ROJO**

UNA OPERETA BALLET DE GRAN ESPECTACULO

ORIGINAL DE
EDUARDO M. PORTILLO
MUSICA DEL MAESTRO
ROMO

## TIVOLI

4.ª *SEMANA triunfante de*

**Un par de gitanos**

por STAN LAUREL y OLIVER HARDY

*DOS HORAS DE RISA*

## AVENIDA

Segunda semana del film policíaco

**El asesino invisible**

La historia del hombre que se olvidó de sí mismo

Un film RADIO..., naturalmente

## PALACIO DE LA MÚSICA

TODOS LOS DIAS TRIUNFA EN SU

2.ª SEMANA

***Suzy***

*Maravillosa superproducción METRO-GOLDWYN-MAYER*

Interpretada por Jean HARLOW, Cary GRANT, Franchot TONE y Lewis STONE

## FUENCARRAL

Mañana, miércoles

ESTRENO

**La moza de campanillas**

por los mejores artistas del género lírico

## DURRUTI

**Marlène Dietrich**
y
**Gary Cooper**
triunfan a diario en

***Deseo***

Fin de fiesta con

**Paquita Almería**

# BARCELONA

## Los chiquillos madrileños que convirtieron en huerto de labor un campo de «tennis»

**He aquí dos chiquillas madrileñas con las coles sembradas y cultivadas por ellas mismas en un huerto que había sido primero campo de «tennis»**

**A la derecha: Unos cuantos chiquillos madrileños refugiados en Cataluña**

Se ha reiterado muchas veces que uno de los signos de esta hora de lucha es, paralelamente al esfuerzo de los frentes, el amor al niño en la retaguardia. Mientras en los campos de batalla se combate, en las ciudades y en los pueblos situados a espaldas del escenario de la guerra se trabaja fervorosamente para que a la infancia llegue del modo menos dramático posible el dolor de la lucha. Se cuida al niño, se le atiende, se le enseña.

A los chiquillos, por ejemplo, que están en las guarderías, no sólo al llevarles a ellas se les ha alejado de los riesgos de la guerra, sino que, además, se les ha dado una formación y una instrucción. Hay, en este sentido, instituciones verdaderamente ejemplares, hechos de alta significación, más alta porque han sido creados bajo la guerra.

¿Conocéis, por caso, lo de los chiquillos madrileños de Els Pins? El hecho tiene una emoción y un valor verdaderos de ejemplo. Era en los días dramáticos del otoño de 1936. La guerra estaba acercándose a Madrid. Los primeros bombardeos hacían su siembra de muerte sobre la ciudad.

Había que acelerar la evacuación. En los diarios y en las calles aparecían, reiteradamente, apremiantemente, las consignas para que mujeres y chiquillos abandonasen la ciudad. Nutridas expediciones de evacuados iban hacia Levante, hacia las tierras libres entonces de la crueldad de la guerra.

Entre esas expediciones, una de cien chiquillos camino de Barcelona. Eran, en su mayoría, hijos de trabajadores de una fábrica de cervezas.

Por entonces llegaban a Cataluña los primeros contingentes de evacuados. Cataluña acogía hidalgamente, abiertos los brazos, a aquellas mujeres y aquellos niños, que llegaban allí llevando todavía palpitantes en la retina las visiones trágicas de la guerra.

Asistencia Infantil, la Institución creada en Barcelona para estos fines, los instaló en la residencia Els Pins, en Pedralbes. Esta residencia era una antigua finca señorial, amplia y lujosa. Había en ella muchas cosas que hoy no podían tener utilidad. Entre ellas, un campo de *tennis*. Los madrileñitos hicieron en seguida de él su lugar preferido de juego. Corrían, saltaban, jugaban a la pelota. Pero en el ánimo infantil—un concepto vago, impreciso, pero cierto, de la responsabilidad—había la conciencia de que se estaba en guerra y de que la guerra, que tanto exigía a todos, les exigía algo a ellos también.

La guerra era allá, en Madrid, la escasez. Faltaban cosas. La consigna «víveres para Madrid» recorría campos y ciudades de retaguardia. En aquel centenar de muchachos que habían dejado a sus padres en Madrid surgió la visión de sus hogares, en los que acaso la necesidad acosaba, en los que acaso faltaban las cosas que ellos sí tenían allí.

Los chiquillos pensaban y pensaban. Entre sus juegos surgía muchas veces la sombra de una preocupación. Ellos estaban bien, sí—se decían—; pero quizá allá, en Madrid, sus padres... El pensamiento no les abandonaba. Y un día, de uno de aquellos *chavales* surgió la fórmula salvadora.

—¿Y si del campo de *tennis* hiciéramos un huerto?

La idea de uno fué inmediatamente de todos. Estaban decididos a trabajar, a ayudar a sus familias. Pidieron permiso para convertir aquel campo de *tennis* en tierra laborable. Se les concedió la autorización, y empezaron a trabajar.

Era duro el trabajo. Pero nada les amilanaba. Hubo, primero, que romper y levantar la capa de cemento que cubría la tierra. Después se labró, se sembró. Día a día, los chiquillos seguían con entusiasmo mayor y renovado su trabajo. Se abonó la tierra removida con légamo del estanque de la finca (resultó ser un excelente abono). La primera cosecha estaba ya en marcha.

Y esa primera cosecha del campo de *tennis* convertido en huerto fué de lechugas y patatas. Los chiquillos respetaron absolutamente ese primer fruto de su labor de evacuados. Ninguno probó una patata ni una lechuga. Todo aquello era para sus familias, para los que en Madrid habían quedado viviendo la guerra. Y la cosecha fué íntegra hacia Madrid.

Jornada de fiesta fué la de la llegada a Madrid de aquel camión. En las casas de los *chavales*, ante los frutos del trabajo infantil, se reía y casi se lloraba al mismo tiempo. Aquellas patatas habían sido sembradas y cuidadas por los hijos...

Los niños dejaron un día su finca de Els Pins. Marcharon a una nueva residencia, y otros vinieron a ocupar aquélla. Pero la tarea iniciada por los primeros refugiados no quedó interrumpida. Los nuevos *chavales* continuaron trabajando con el mismo amor aquel huerto, hoy fecundo, que un día había sido campo de *tennis*. Nuevas cosechas palpitaban ya bajo la tierra, labradas por las mismas manos infantiles.

**Talleres de Prensa Gráfica, S. A., Hermosilla, 73, Madrid**

(Printed in Spain)